



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12533

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

MARTES 18 DE AGOSTO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Es una vergüenza

El telégrafo relata lo ocurrido en la última sesión del Ayuntamiento de la invicta Bilbao; un concejal bizkaitarra—ó separatista, porque ambas palabras son sinónimas aunque otra cosa digan los filibusteros bilbaínos—presentó una proposición encaminada a que ningún miembro de la corporación presidiera las corridas de toros.

Sin más alcance que el de sus traer a los ediles de la situación desairada en que se encuentran, cuando el público protesta airadamente por no estar conforme con los mandatos de la presidencia, la proposición era aceptable: quien debe ser siempre respetado no ha de arriesgarse a que se le vocee groseramente y a que se le insulte valiéndose de la impunidad. Pero tenía la proposición mencionada doble fondo como las cajas con sorpresas. La fiesta era para los bizkaitarras lo de menos; pero se le apellidó nacional y no quieren autorizarla con su presencia esos Catones, que no ya ponen la patria chica sobre la gran patria, sino que no reconocen más que aquella, el terruño, el pedazo de España que vivió separado del resto, hasta que la lógica de la geografía le hizo agregarse á aquél.

Si no sacara al rostro los colores de la vergüenza, sería cosa de soñar la carcajada por el interrogatorio a que los concejales republicanos de Bilbao y el presidente de la corporación han sometido al desdichado más que censurable concejal bizkaitarra.

Levantóse éste á apoyar el documento autorizado con su firma y

como no se le hubiese tolerado que hablara en vascuence, anunció que iba á hablar en una lengua que no era la suya.

Una mecha encendida arrimada á un explosivo no hace más estrépito que aquella insinuación. Se necesita todo el tupé de un bizkaitarra para decir que la lengua española no es la lengua de los españoles.

Ante el escándalo producido por aquellas palabras, le instó el presidente a que declarara su naturaleza y después de eludir dos veces la contestación categorica que se le pedía, respondiendo en una que era vasco y en otra vizcaíno, vino a declarar al fin que era vasco... español.

«Español, pero no castellano», le apunto un colega en filibusterismo.

Eso causa vergüenza. Que una minoría bizkaitarra dé los espectáculos que da la bilbaina, es cosa que subleva. Pero lo que subleva más es que no teniendo fuerzas suficientes, nutren de concejales el Ayuntamiento de la capital de Vizcaya y han llevado un diputado á las Cortes triunfante en lucha con las masas obreras que presentaban como candidato al verbo socialista. Sin duda era mejor que fuese al Parlamento un hombre tachado de separatista que otro muy español, pero que lleva en su bandera los intereses de los trabajadores.

Seguramente el movimiento bizkaitarra no tendrá más importancia que el del rabo de la lagartija; pero si la tuviera sería cosa de ir a dar las gracias á los que, influidos por el modernismo y no obstante ser conservadores, hablaron desde el púlpito de autonomía regional, prometiéndola a los regionalistas disfrazados.

Un arrepentimiento de toda la vida no borra esa falta.

TIJERETAZOS

Pregunta un articulista:

«¿La mentira es indispensable en nuestra vida?»

«Ahora con esas!»

Hombre de Dios, gíre usted alrededor de su cuerpo, mire á todas partes y conteste:

«¿Qué hacen los ministros cuando casi ya están en la calle?»

«Decir que no hay crisis.»

«¿Qué hacen los diplomáticos en ejercicio?»

«Oír donde guisan y engañarse con toda destreza. El que más engaña es más listo y adquiere superior renombre.»

«¿Qué hacen los generales?»

«Engañar al enemigo con falsos movimientos para darle un tute por la espalda ó de flanco.»

«¿Qué hacen los comerciantes?»

«Vender á precio de factura, por el gusto de perder dinero.»

«¿Qué hacen los políticos?»

«En cuestión de engañar ¡el seabóse! Que lo diga Alba, si es que no ha mudado de opinión desde que es subsecretario.»

«¿Qué hacen los fabricantes?»

«Vaya usted á saber! Dar gato por liebre y á veces ayudar á morir á los consumidores.»

«Lo que hay es que unos engañan por deber, otros por conveniencia y algunos por inclinación.»

«Pero no lo duda el colega: la mentira es la reina del mundo.»

«Reina indestrotable.»

Dicen de Sofía que el general Petroff ha dirigido una circular á las potencias, declarando que Bulgaria permanecerá neutral mientras la insurrección macedónica no se extienda del distrito de Monastir á los límites de Kosvo Uskub, Salónica y Andrinópolis y en tanto que la represión de los macedonios por los turcos no se traduzca en bárbaras matanzas.

«¿Más bárbaras aún?»

Si el perseguido á los macedonios hasta en las iglesias; fusilarlos en montón tras de una equina; enartar los niños en las bañetas, despedazar á las mujeres y torturar á los hombres no son barbaridades, ¿cuál será el concepto de la barbaridad para Petroff?

¡Ande el movimiento!

Entre la gente menudita parisién está llamando estos días la atención, según los periódicos, unos juguetes sumamente pequeños, hechos de cartón, representando tortugas, lagartos, serpientes, etc., que andan solos porque interiormente están pegados á las alas de una mosca, que al moverse los traslada produciendo la ilusión de seres vivos.

Ho ahí en minúsculo, representada al vivo nuestra flamante sociedad. ¡Cuántos lagartos, cuántas tortugas y cuántas serpientes de pechera limpia y bien cortado smoking, se mueven y agitan en el gran mundo porque están pegados secretamente á infelices insectos fiamanos, condenados á llevar de aquí para allá á esos mascarones de la vida pública.

Si en este ardid, gran parte de nuestros primeros espadas de la política, de la ciencia, de la literatura y aun del arte, en vez de sentarse por derecho propio en los altos sillales de la notoriedad y dar en ellos la castaña al universo, serian unos empolvados maniqués arrinconados en el archivo famoso de los trastos inútiles.

Los periódicos que traen la noticia de ese ingenioso juguete parisién, añaden consideraciones sumamente conmovedoras, acerca de las terribles torturas á que están sometidos los pequeños insectos que ponen en movimiento toda esa colección de minúsculos reptiles de imitación, y alguna de esas publicaciones indica que la Sociedad protectora de las moscas ha tomado cartas en el asunto, para librar de semejante martirio á los infelices alados.

Al insecto humano por azares del destino está condenado, como esos pobres moscas, á mover de aquí para allá, tal cual tortuga parlamentaria ó lagarto académico

ó serpiente política (¿quién le protegerá? Nadie, y ahí, ahí está el secreto de ciertos problemas trombeundos, de esos que agitan de vez en cuando hasta los cimientos mismos del orden social.

Las moscas humanas sometidas á la horrible tortura de sostener tanta eminencia de cartón, se cansan de hacer el tonto, ó si se quiere el primo, y hacen esfuerzos extraordinarios para desprenderse de tales figurones, pero en balde.

El sindicótico de la necesidad les tiene sujetos, esclavizados, y allá, debajo del personaje más ó menos conspicuo á quien sostienen y apoyan, ronlegan de su suerte y sudan el quilo, como los gallegos que ocultos bajo el amarrón del paso de Sonana Santa, van tirando del carro procesional dentro del pesado armatoste.

Las multitudes inconscientes aplauden sin profundizar demasiado esos misterios, á veces tenebrosos; y los conspicuos «pujan» como verdaderos portantes de provisión, de ingenio ó de actividad; pero no por eso dejan de ser artefactos de cartón movidos mecánicamente por insignificantes insectillos, que mal de su grado están amarrados á estas ficciones teatrales ó si se quiere, grandezas de guardarropa que en el barracón mundial se exhiben ontro famularias y efectismos más ó menos grotescos.

En lo antiguo como en lo moderno, el procedimiento ha sido siempre el mismo, y los siervos de ayer y los parias de hoy, serán perdurablemente los que mueran en las supremas Sociedades, los futoches de relumbrón.

De voz en cuando un sacudimiento de las moscas torturadas hace conmover todo el artefacto, pero pasado el susto; la ficción sigue y de ese modo es como se falsifica la historia, se fragua la mitología modernista y se convierte en héroes y sabios, en sublimes y excoltos, á pobres mentecatos, que acaso no supieron en realidad dónde tuvieron en mano derecha, y que detrás de un museo ó santuario ó de una lápida monumental donde se mienten sus pretendidas hazañas, esconden un corazón de roca ó un cerebro de corcho, en que los gusanillos de las tumbas intentan inútilmente res-



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



254 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

conseguido. Pablo la trataba, no con mayor consideración, porque esta no le había faltado jamás, pero sí con mayor dulzura. Estos cambios no pasaron desapercibidos y Cesarina recibió un gran golpe en medio del corazón; mientras una sonrisa benévola entrecabía sus labios, el aguijón de los celos estrechaba aquel alma de piedra. Yo que la observaba también por Margarita.

Parecióme también que Margarita se apercebía, y la comida fue triste, por más que el pequeño Pedro estaba interesado con sus primeras gracias, que á veces nos hacían sonreír.

Pablo hubiera animado á mesa con su conversación; pero veía á Cesarina tan distraída, que buscaba la causa y estaba inquieto sin saber por qué. Cuando dejamos la mesa, me preguntó en voz baja si la marquesa tenía algún motivo de pesar y temió si la opinión que había emitido sobre su obra podría haberle ofendido. Cesarina, que con los ojos comprendía cuanto se hablaba, aunque no lo pudiera oír; exclamó sin darse tiempo de responder:

—Me encontráis triste y suplico á Margarita que me perdone, porque hubiera querido recibirla con más alegría; pero estoy preocupada, he recibido malas noticias del marqués de la Rivonniere.

Como nada me había dicho, creí que improvisaba aquel pretexto, porque la última carta de Mr. de Vol-

vonne no había venido en términos de causar inquietud. Hice esta observación y entonces me contestó, leyendo la carta siguiente:

«Mi pobre amigo me inquieta más cada día: su vida no corre peligro; pero sus sufrimientos no parecen deber calmarse tan pronto. Me encarga que os presente sus respetos, así como á Mda. de la Rivonniere.»

«EL VIZCONDE DE VALVONNE.»

Esta carta pareció extraña á Pablo. —¿Qué sufrimientos son esos,—dijo,—que no amenazan su vida y que sin embargo causan tal inquietud? ¿No suele escribir Mr. de Valvonne más claro?»

—¡Nunca!—exclamó Cesarina.—Es un hombre singular, cuya expresión es tan concisa que deja siempre un fondo de vaguedad; pero no hablemos de esto. —Habló fijando una mirada como de compasión en Margarita.—No olvidemos que hay aquí una persona para quien el nombre de mi marido ha de ser tan desagradable como su recuerdo.

Pablo encontró poco delocada esta observación y con la prontitud y claridad propias de su carácter, exclamó:

—Margarita puede oír hablar del señor marqués de la Rivonniere sin inmutarse: no le conoce, no le ha ocnocido jamás.

255

CESARINA DIETRICH

258 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—¡Qué sorpresa tan agradable!.. ¡Ya curado cuando nos escribían que estáis peor!..

—Valvonne está loco,—repuso el marqués,—me siento muy bien. Ando, hablo, subo la escalera solo..

Y deteniéndose en la antesala que precedía al salón en que estábamos, exclamó:

—¿Teneis gente?

—No: amigos vuestros y míos que ya partían y se han detenido para estrechar vuestra mano.

—¿Amigos?..—murmuró el marqués ya encontrándose con Pablo que se adelantaba hacia él.—No conozco..

—¿Cómo! No reconocéis á Mr. Pablo Gilbert y á su mujer?

—¡Oh! perdonad; está tan oscuro al entrar. Mi querido amigo!—y estrechó las manos de Pablo, y adelantándose á Margarita añadió:

—Señora, os presento mis respetos.

Volvióse luego hácia mí y estrechando mi mano me dijo:

—Mi buena Paulina, siempre á vuestras órdenes.

Calló un instante y añadió:

—Me parecéis todos en buen estado de salud,—dijo.

—¿Y vos?—preguntó Pablo.